

Las «babas» de la microhistoria Del mundo seguro al universo de lo posible.¹

DARÍO BARRIERA

«...fijó la ampliación en una pared del cuarto, y el primer día estuvo un rato mirándola y acordándose, en esa operación comparativa y melancólica del recuerdo frente la perdida realidad...»

Julio Cortázar, «Las babas del diablo» (64)

«No dicen nada cuando las pinto. Una verdadera confusión. Con el tiempo suelo encontrar algo que vale. Como esa pierna... Adquiere forma y tiene sentido. Como una huella en una novela policial.»

Michelangelo Antonioni, *Blow-Up*.

1.

Londres por París, un albo fotógrafo británico por otro franco-chileno y la subversión de algunos detalles en la historia, son algunos de los desplazamientos que Antonioni eligió hacer sobre los tropos ofrecidos por Cortázar. La mañana, las nubes, el cielo y la mujer rubia, las máquinas narradoras, el laboratorio y la obsesión por el detalle, las continuidades que soportan el esquema de un relato cinematográfico que, como el literario, ha ganado plaza de clásico. En cada uno de ellos, un hombre que estaba ahí, mimetizado en el paisaje, formaba parte de la comedia al fin y al cabo. En el relato de Cortázar, la desaparición de la escena del joven, ese personaje que se esfuma, está sugerida por una metáfora -hilo de la Virgen o *baba del diablo*- que remite a una materia de existencia leve e intrascendente. Vista desde cerca, la silueta liviana y delgada muestra una trama densa que, algunas veces atrapa a las moscas en medio de su vuelo, y algunas otras, quizás, se adhiere al rostro o la cabellera de alguien, obcecada y perturbadoramente.

¹ Esta introducción al dossier debe mucho a las jugosas discusiones sostenidas con mi colega y amigo Carlos Otero, a quien deseo agradecer expresamente su generosidad intelectual. Como siempre en estos casos, no se le acrediten las omisiones y errores que la misma pueda contener, corriendo éstas enteramente por mi cuenta.

Aunque parecen poder extenderse a otras obras², las referencias a *Blow-Up* y a un innombrado relato de Cortázar (que es sin dudas «Las babas del diablo») se convirtieron de un lugar recurrente a la hora de elegir tópicos artísticos como imágenes-arbotante de una propuesta historiográfica que, como tantas otras, resiste la confección de una genealogía fácil y se encuentra lejos de poder ser congelada en una imagen homogénea o escolastizada.

2.

En efecto, un vistazo poco exhaustivo por sobre algunos textos de referencia, nos enfrentan con al menos dos concepciones acerca del análisis microhistórico que, sin llegar a ser inconciliables, echan raíces en solares diferentes. Si la carta de ciudadanía de la microhistoria es -o al menos así ha quedado registrada- indudablemente italiana, la posibilidad de unos orígenes con propuestas diferenciables no puede ser ignorada.

Un planteo de este tipo había sido hecho ya por Edoardo Grendi en uno de los artículos publicados por *Quaderni storici* en 1994.³ La pretendida unidad, o en sus palabras, el «carácter colectivo de la propuesta historiográfica del microanálisis en Italia ha estado sobre todo ligado a una cuestión de estilo...», estilo que se materializaba en la reducción de la escala de investigación, gesto que Grendi ubica en un nivel paralelo al del estallido de la historia⁴. El paralelismo corresponde menos a la homogeneidad de los enfoques que a una actitud de provocación, a un ensayo de construcción de cierta manera alternativa de hacer historia, con el común objeto de oponerla al paradigma de la «historia-síntesis», por entonces más o menos hegemónico. Grendi señala también la ausencia de un «cimiento común» y la dificultad para individualizar los «textos fundantes» del microanálisis en historia, concluyendo provisoriamente que la reducción de la escala de observación «...se pensaba más que ninguna otra como la variable adecuada para hacer fructificar analógicamente, en el trabajo histórico, la lección de la antropología social [...permitiendo entonces...] huir de la lógica entificante del discurso

² Sólo a guisa de ejemplo, Jacques Revel se ha valido tanto de Henri James, Stendhal o Queneau para ejemplificar, con trozos provenientes de la literatura, la cuestión de la reducción de la escala de observación. Las referencias metafóricas, además, se han utilizado incluso para transmitir alguna visión crítica al enfoque: el símil de la alfombra mirada desde una perspectiva «al ras del suelo» -situación de proximidad en que la profusión de detalles impide, suprimida la distancia, la percepción del diseño- ha gozado también de una difusión bastante amplia. Cf. REVEL, Jacques -comp.- *Jeux d'echelles. La micro-analyse à l'expérience*, París 1996, introducción y capítulo de su autoría; también de Revel: «L'histoire au ras du sol», presentación a la edición francesa del libro de Levi, *Le pouvoir au village*, París 1989 [Ed. original *L'eredità immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento*, Torino, 1985; en español, *La herencia inmaterial*, ed. Nerea]

³ Aquí utilizamos las versiones traducidas al español que publicara oportunamente, en Buenos Aires, la revista *Entrepasados*, en sus números 8, 9 y 10 (1995/96); cf. GRENDI, Edoardo «¿Repensar la microhistoria?», en *Entrepasados*, 10, Buenos Aires 1996, pp. 131-39.

⁴ Fenómeno que suele reconocerse bajo «L'histoire en miettes», sello que cobrara enorme difusión internacional a partir del libro que F. Dosse titulara con esa frase.

histórico general...»⁵. El texto plantea reflexiones y preguntas sumamente interesantes sobre las que no vamos a detenemos, excepto en el referido diagnóstico acerca de aquellas «al menos dos» propuestas microhistóricas que, dice, podían distinguirse: para Grendi, la discriminación («huidiza e imprecisa») se asentaba entre una propuesta anclada en lo «social» y otra en lo «cultural», contraposición que, entiende, «...ha tenido futuro si se toma en cuenta la significativa influencia que la antropología cultural, como antropología simbólica e interpretativa, ha terminado por ejercer en buena parte de la historiografía [mientras que] el proyecto, madurado más bien sobre la experiencia de la antropología social, ha tenido desarrollos bastante diversificados»⁶.

Aunque difícilmente negable o prescindible, esta observación puede al menos ser matizada. Sobre todo, a partir de algunos desarrollos posteriores: ni la influencia decisiva de la antropología social y cultural como marco teórico⁷, ni la reducción de escalas como estrategia analítica, ni el discurso demostrativo como modo de exposición, ni el acento puesto en las prácticas sociales -como resultado- son materia objetable de una caracterización de principios que, como bien señalaba Grendi, recorrieron transversalmente el proceso de construcción de la *vía italiana* de la historia social. La confrontación binaria -social/cultural-, emblemática en los textos de Levi -*La herencia...*- y Ginzburg -*El Queso...*- puede ser objeto de otras lecturas, con resultados diferentes.

Como bien señalaba Jacques Revel, la «...diversidad de las lecturas propuestas remite sin duda a la del contexto de recepción. Pero por otra parte, hay que relacionarla con las características propias del proyecto microhistórico»⁸. En *Jeux d'échelles*, estas características aparecen expuestas con mayor complejidad que en el texto de Grendi: Revel hace referencia a un trabajo colectivo, iniciado a comienzos de los 1990s., bajo tres grandes ejes, uno de los cuales («Micro-histoire et micro-social») cobró forma de seminario en la EHESS, alrededor del cual se nuclearon antropólogos e historiadores franceses e italianos. Siguiendo a este autor, la temática microhistórica había estado *prácticamente* ausente del debate francés hasta la aparición de la traducción del libro de Levi a la lengua gala (1989). La fascinación de los historiadores por la antropología implica también, para Revel, reconocer el impacto de la producción anglosajona (Sahlins y Geertz son aquí sus referentes), mientras que el contexto de aparición se relaciona menos con el influjo del estallido de la historia que con la disolución del paradigma prescriptivo del estructuralismo, ubicando este proceso en un «...tiempo de anarquía epistemológica del cual quizás solamente estemos comenzado a salir.»⁹

⁵ GRENDI, Edoardo «¿Repensar...», cit., p. 132.

⁶ Ídem, p. 133.

⁷ Nótese la afirmación de este punto en REVEL, Jacques *Jeux d'échelles*, cit., «Présentation», p. 7.

⁸ REVEL, Jacques «Microanálisis y construcción de lo social», en *Entre pasados*, 10, Buenos Aires 1996, p. 141-42.

⁹ REVEL, Jacques *Jeux...*, cit., p. 10.

En medio de esta *démarche*, en que las ciencias sociales comparten una distancia crítica frente al enfoque macrosocial, esforzándose por dar cuentas de la experiencia de los actores, la «...elección del enfoque micro-analítico se presenta, por lo tanto, como una experimentación alternativa.» Revel no se sorprende, entonces, por el encuentro entre antropólogos e historiadores en ese punto donde, los detalles, las experiencias «...brindan acceso a lógicas sociales y simbólicas de grupo...». De todos modos, al presentar sucintamente los textos que componen la compilación, hará una distinción que abre el camino para comenzar con aquella lectura que se proponía matizar el panorama: Revel distingue dos maneras, dos tipos de posicionamiento en la relación entre enfoques micro y macroanalíticos. El primero, *relativista*, representado por las posturas de Marc Abélès, A. Bensa, Bernard Lepetit y la suya propia, exhuma las potencialidades de la reducción de escala («recurso de una fecundidad excepcional») pero no privilegia una escala sobre la otra, asegurando que el mayor rédito analítico proviene de la complejidad que significa la consideración de ambas dimensiones. El otro punto de vista, apuntado como *fundamentalista* -y suscripto sobre todo por Simona Cerutti y Maurizio Gribaudi- propone la superioridad de la dimensión micro sobre la macro, en tanto que la primera *engendra* a la segunda: la defensa de esta primacía de un orden sobre el otro reposa, según los propios autores, en la ubicación de los «procesos causales eficientes» en el marco de los fenómenos producidos a nivel micro. Revel culmina la presentación de estos trabajos afirmando la utilidad de sostener desacuerdos abiertos y «...someterlos a quienes tendrán a bien prestarnos su atención», pero sin deslizar más que una punta de la pista teórica que nos pone sobre la explicación de la diferencia.

3.

Si a una definición por características generales nos referimos, la que corresponde a la microhistoria parece haber sido esquematizada a partir de un soporte de tres puntas: reducción de la escala de análisis, explotación intensiva de la(s) fuente(s) y adopción del modelo de exposición explicativa -muy generalmente relacionado, según sea bajo el impacto del paradigma indiciario o la descripción densa, con el esquema de una novela policial o con la forma del *drama social*.¹⁰

Este acuerdo parece mantenerse como telón de fondo detrás de la primera diferenciación planteada por Grendi (en referencia a las vertientes cultural y social, derivadas de sendos tipos de antropología). Sin embargo tanto la versión estereotipada como esta primera subdivisión, impiden ver divergencias más importantes, ubicadas en el modo de concebir la relación entre los niveles micro y macro.

En este sentido, Maurizio Gribaudi hacía un llamado pretendiendo ubicar la atención en otra parte. Para este historiador, el debate es también bifronte: se discute sobre las capacidades

¹⁰ Cf. por ejemplo el excelente trabajo de BURKE, Peter *Historia y Teoría Social*, México 1997 [1ª. Ed. en inglés 1992], especialmente pp. 52 y ss.

de generalización o especificación propia de los enfoques micro o macro y, por otro lado, sobre la esencia diferente de los fenómenos sociales que resultan pertinentes para el uso de uno u otro nivel. En este marco, Gribaudo asegura que la oposición de escalas nos pone sobre una pista «falsa». Para que la misma se vuelva pertinente, «...debe tomarse esencialmente según las diferentes modalidades de la formalización causal de los fenómenos sociales y de las evoluciones históricas. [...lo cual...] no implica necesariamente objetos y niveles de análisis diferentes...»¹¹ Las diferencias entre estos niveles se encuentran más en el plano de las justificaciones empíricas y retóricas que en la naturaleza del objeto de estudio. Mientras que los estudios «macro» se caracterizan por la utilización de un método deductivo, que organiza las evidencias en torno a un marco de referencias conciente o inconcientemente pre-determinado, los «micro», subrayan, por el contrario, «...la dimensión de la incertidumbre y la posibilidad». Gribaudo toma el ejemplo de un estudio de historia social sobre un fenómeno general que, habiendo reducido la escala espacial y temporal, ha dado por resultado un libro que poco tiene que ver con la microhistoria. La imagen es hoy bien conocida, y su versión caricaturizada ha fraguado bajo la denominación de «daumardismo»¹²; pero lo que aquí interesa es menos la crítica al libro de marras que el embate frente a un aspecto del análisis microhistórico. Para Gribaudo, la reducción de escala «no basta».

En la medida que esta reducción está orientada a confirmar casuísticamente unas imágenes prediseñadas, no se ha operado ninguna modificación en el enfoque, permanencia que deviene de un procedimiento deductivo, constatable también en la elección de las evidencias y en la retórica demostrativa. A cambio de la tríada *reducción de la escala - explotación intensiva de la fuente de la fuente - retórica demostrativa «indiciaria»*, Gribaudo propone -siguiendo a Levi- que la especificidad del enfoque microanalítico se basa en otros principios: *inestabilidad de las formas - procesos generativos - peso decisivo de las acciones individuales*.¹³ Estos elementos, re-envían a una posición que se distingue por el abandono del concepto de causalidad (sobre todo asociado a las evoluciones macro-estructurales), que otorga un enorme peso específico a la contextualización y que, en la mayor parte de los casos, fragua sus resultados en el uso del denominado *modelo configuracional*. El acento puesto en el contexto adquiere sentido sólo en el marco de la premisa «generativa», mientras que la configuración -una constelación permanentemente móvil a la que es necesario considerar diacrónicamente- sintetiza (en pequeños cortes) el estado del centro principal de interés: la negociación de los actores sociales concretos.

¹¹ GRIBAUDI, Maurizio «Échelle, pertinence, configuration», en REVEL, Jacques *Jeux d'échelles*, cit., p. 113.

¹² Basada en la crítica -en este caso, bastante feroz- sobre el trabajo de DAUMARD, Adeline *Les Bourgeois de Paris au XIXe siècle*, París, 1970., desarrollada por Gribaudo en el artículo citado, pp.115 a 120.

¹³ Idem, p. 120.

«Si la causalidad se certifica al interior de cada contexto particular, las formas y los comportamientos sociales se *engendran* concretamente a partir de las dinámicas de interacción de los individuos...»¹⁴

En efecto, la capacidad individual de interpretación y de construcción de lo real es lo que yace en el corazón de este modelo, evidentemente marcado por el constructivismo lógico, la sociología de redes y los aportes de Norbert Elias. Gribaudi asegura, por lo tanto, que «...el problema de la escala no es pertinente sino al interior de la óptica macrosociológica», cuyo «modelo causal [...] implica la necesidad de mostrar cuáles son las articulaciones entre los fenómenos que son propuestos como de una esencia diferente y actuantes en niveles de escalas diferentes.»¹⁵

4.

No obstante la calidad y densidad de los aportes a la discusión, la puesta en escena de un debate focalizado solo sobre la «microhistoria» y no en el «microanálisis» cercena la posibilidad de señalar vías de reflexión que corren por otros caminos. La referencia posible es, entonces, el *contexto científico*.

Aunque resulte una obviedad, muchos fueron los tópicos científicos aparentemente indiscutibles que se han esfumado a lo largo de este siglo: la idea del *enigma* como límite de la ciencia, el evolucionismo, la física newtoniana, la idea misma de paradigma e, inclusive, se ha discutido y se discute fuertemente la teoría de la relatividad. En el desarrollo científico del siglo XX,

«...la idea de previsión, la ciencia como ciencia de lo general, la conciencia del tiempo como lugar de despliegue de la necesidad atemporal de las leyes, dejan de ser criterios absolutos y definitorios de la científicidad. Se delinea un itinerario que a través de las fisuras de la presunta necesidad de los límites 'cartesianos' de la ciencia produce lo que podemos definir como *desafío de la complejidad*.»¹⁶

Han cambiado no solamente las preguntas sino los tipos de preguntas; las dicotomías necesario/no necesario y existente/no existente, han sido desplazadas por el par posible/no posi-

¹⁴ Idem, p. 122.

¹⁵ Idem, p. 127; en otro trabajo, fruto de un ejercicio colectivo, Gribaudi y sus colaboradores profundizan sobre estas mismas líneas. Muy ejemplificante de las ideas aquí resumidas es su trabajo personal «Reseaux egocentrés et inscriptions sociales. Continuités et discontinuités dans les formes de structuration de l'espace parisien», en GRIBAUDI, Maurizio -dir.- *Espaces, temporalités, stratifications*, Éditions de l'EHESS, París 1998, pp. 71 a 120.

¹⁶ CERUTI, Mauro «El mito de la omnisciencia y el ojo del observador», en WATZLAWICK, Paul y KRIEG, P. -comp.- *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Gedisa, 1998, p. 41.

ble, a partir del cual se han reformulado los problemas clásicos tanto en las ciencias duras como en las sociales. La mirada de Ceruti -y de buena parte de los constructivistas en general- tiene consecuencias interesantes, incluso, si se las toma en consideración para pensar fenómenos como el de los *confines* de la ciencia o las *hibridaciones*, en la medida que -desde esta perspectiva- la valoración de la frontera y de los límites coincide con el eje de la redefinición de las nociones de problema y cuestionario científico, normalmente ubicadas en el núcleo duro de cada una de las disciplinas.

Algo similar sucede con la noción de síntesis, tan central para los historiadores: frente al desafío de una salida del periodo caracterizado por la fragmentación del conocimiento histórico -o, en la expresión de Revel antes citada, de *anarquía epistemológica*- , existen miradas, como la ofrecida por Giovanni Levi en la entrevista que se incluye en este volumen, que realizan la lectura del proceso desde una perspectiva pendular, síntesis-dispersión-síntesis. Levi dice también, es justo recordarlo, que el historiador nunca ha dejado de hacer síntesis; pero la interpretación debiera orientarse, entonces, a la *naturaleza* de la síntesis. El afianzamiento del dominio de lo discontinuo, de lo particular, el antes mencionado *desafío de la complejidad*, han impactado doblemente sobre este punto: en primer lugar, y esto constituye de alguna manera otra obviedad, cualquier intento de mirada *omnicomprensiva* (es el calificativo que parece más adecuado para las síntesis que algunos añoran) estaría científicamente vigilado y discutido de una manera feroz por la pluralidad y densidad de estudios sobre fenómenos particulares que, en mayor o menor medida, pueden estar matizando o negando completamente el resultado «sintético». Pero lo que es quizás menos obvio, es que la síntesis sí está dentro del universo de lo posible, en la medida en que no se conciba *ignorando* el desarrollo científico que ha vivido el conocimiento histórico. Han cambiado las condiciones objetivas dentro de las cuales realizar la síntesis y, por esto, la *naturaleza* de la misma es completamente diferente. Siguiendo a Ceruti, las diferencias y las contraposiciones «...son irreductiblemente constitutivas de los dominios cognitivos de los puntos de vista dados. [...] *El problema ya no es el de hacer homogéneos y 'coherentes' diferentes puntos de vista; el problema es comprender cómo puntos de vista diferentes se producen recíprocamente.* La desaparición de la imagen clásica de la razón y del conocimiento provoca un deslizamiento de la idea de *síntesis* hacia la idea de *complementación* como *estrategia constructiva*....»¹⁷

Aunque seguramente a pesar suyo, la historia comparte la perspectiva del *universo incierto* y la del *desafío de la complejidad* con el resto de las ciencias. Es en este contexto, es este *clima* el que oficia de background epistemológico a los estudios microhistóricos, cuya comprensión deviene más rica si no perdemos de vista aquellas disciplinas en que se ha desarrollado, antes que en la historia, el *microanálisis*. Este desplazamiento de la simplificación a la complejidad, de la síntesis al fragmento, se operó primero en la Física y, tal como lo muestra claramente el artículo de Matti Peltonen, fue temprano también en la Economía. No es esta la ocasión para un desarrollo en este sentido, ya que el esfuerzo ameritaría mayor cantidad de

¹⁷ Idem, p. 44, subrayados en el original.

espacio y de conocimiento: sin embargo, bastará con comenzar por echar un vistazo a la producción de la denominada *tercera cultura* para quebrar algunos prejuicios y descubrir -como lo han hecho antropólogos y sociólogos que se ocupan, por ejemplo, del fenómeno del «desorden»- que existe en las ciencias duras un terreno de reflexión teórica menos extraño y menos inocente de lo que nos obstinamos a imaginar.¹⁸

Pero así como lo micro no es desdeñable por pequeño, lo macro tampoco lo es por sus dimensiones. Ubicar la discusión en el nivel de las magnitudes «físicas» es otra de las pistas equivocadas. Lo «macro» no es una ilusión, ni podemos eliminarlo del análisis, congelándolo en bibliotecas como «errores de juventud» de los científicos sociales de este siglo. De todas maneras, siguiendo el hilo del razonamiento, es necesario subrayar una vez más que el microanálisis, aún en su versión primigenia que acentúa sólo la reducción de escalas, supera hoy largamente esta operación, habiéndose constituido en una perspectiva fértil dentro del territorio del historiador. El desplazamiento de la atención de lo macro a lo micro, ha implicado la posibilidad de avanzar en las capacidades explicativas del conocimiento historiográfico; sus logros, es cierto, no solo no han cooperado en el sostenimiento de aquellas «grandes verdades», sino que -en la mayor parte de los casos- han discutido fuertemente su pertinencia. Pero es probable que este proceso tenga todavía un trecho por recorrer: embargados y embriagados de evidencia, una vez más, ha sucedido que la discusión *teórica* en torno a la relación entre ambos niveles no ha alcanzado en historia un volumen siquiera mínimo: ésta -exceptuando los trabajos de Gribaudi ya señalados- ha quedado reservada sobre todo a la sociología¹⁹, mientras que nuestra disciplina, en cambio, parece acreditarse el podio completo en lo que a estudios de caso concierne.

El recorrido que se ha reseñado muestra el alejamiento progresivo del microanálisis de su matriz antropológica, con su consecuente desplazamiento hacia enfoques decididamente sociológicos. Es justamente alrededor del impacto de la sociología que gira la discusión que, desde mi punto de vista, queda pendiente: enraizado en la teoría de los juegos y los planteos más radicales del *network analysis*, el principio de causalidad suficiente -explícito al menos en Gribaudi cuando entiende que la interacción entre individuos es el único y último elemento generador de realidad- merece otra discusión dilatada. Aquí el análisis de redes puede volverse paradójicamente lineal, sobre todo en la medida en que excluye la posibilidad de realizar

¹⁸ Sólo como ejemplo, me refiero a trabajos como los compilados por BROCKMAN, John *La Tercera Cultura. Más allá de la Revolución Científica*, Barcelona 1996 [1ª. en inglés, 1995] o los de PRIGOGINE, Ilya *¿Tan sólo una ilusión?. Una exploración del caos al orden*; Barcelona 1997 [artículos escritos entre 1972 y 1982] cfr. también *El nacimiento del Tiempo*, Barcelona, 1998 [1ª. en italiano 1988].

¹⁹ Un ejemplo en KNORR-CETINA, Karin y CICOUREL, A. V. -eds. *Advances in Social Theory and Methodology*, Boston, Routledge and Keagan Paul, 1981; lo mismo para los trabajos de Michel Callon y Bruno Latour; cfr. los textos citados en el artículo de PELTONEN, Matti «Indicios, márgenes, mónadas...», en este volumen.

estas entradas en función de *rizomas*, concepto prácticamente inexplorado por los historiadores. Un abordaje de este tipo desplazaría la atención mucho más al ras del suelo, a la vez que constituye, desde su elección, un enfoque más jugado a lo comparativo, la generación simultánea y la horizontalidad, abriendo el arco de visión que el microanalista pueda hacer sobre el terreno. Finalmente, todo parece apuntar a la sustancia del cuestionario y a la esencia de los interrogados. La pregunta iniciática podría formularse teniendo en cuenta estos tópicos que, hoy por hoy, forman la materia prima de nuestra metodología: a quiénes mira el historiador cuando trabaja, qué cuestionario ha preparado para interrogarlos y de qué manera piensa hacerlo.

El objeto de este dossier no es entonces, en absoluto, dar cuentas de un *objeto muerto*. A costa de parecer irreverentes, quien ha intentado introducirlo con estas líneas y el resto del equipo de esta publicación, no compartimos la convicción de Levi quien, con total autoridad y libertad de pensamiento, establece que «...hoy ya nadie hace microhistoria.» Puede parecer incluso llamativa la inclusión de estos artículos en una revista editada en Argentina, un país cuyos historiadores no han dado a conocer hasta hoy -y hasta donde nosotros sabemos- un estudio microanalítico de peso²⁰. La oferta consiste en avivar el fuego de la discusión en torno a problemáticas que son significativas para el conjunto de la disciplina, mucho más allá de las hoy tan lábiles (y desde luego siempre discutibles) «fronteras nacionales» de la ciencia. Es en este sentido que cobran su valor las distinciones que Aguirre Rojas realiza entre historia local mexicana y microhistoria italiana, las agudas reflexiones de Pons y Sema sobre sus aspectos científicos, avatares editoriales e incluso políticos, el estudio que Bernard Vincent dedica a cuatro obras sobresalientes de la microhistoria española, sumado al singular trabajo en que Matti Peltonen incluye, entre consideraciones generales, algunas notas sobre las discusiones acerca de la relación entre niveles macro y micro en Economía. La amabilidad de Giovanni Levi hizo posible la breve conversación que aquí editamos, lo mismo que la gentileza de Carlo Ginzburg y la dedicación de nuestro colaborador Carlos Aguirre Rojas fructificaron en esta primera edición en español de la entrevista hecha por Adriano Sofri al autor de *El Queso y los gusanos*, quien considera que es la mejor entrevista que se le haya realizado.²¹

La confección de este primer dossier de **prohistoria** no fue tarea sencilla: la convocatoria tuvo un impacto más fuerte del esperado y, por lo tanto, la tarea de selección de trabajos ha sido bastante ardua. Nuestro agradecimiento a todos quienes enviaron el fruto de sus esfuerzos y a los referis que, con su criterio imparcial y honestidad intelectual, participaron directa e indirectamente en la confección del armado definitivo.

²⁰ Sin embargo, muchos de los textos programáticos de Levi, Ginzburg, Poni y Grendi fueron publicados en su hora por importantes revistas de historia de este país, entre las cuales destacan el *Anuario del IEHS*, *Entrepassados*, y *Estudios Sociales*.

²¹ Servirá además como un elemento importante para considerar otros trabajos de Ginzburg, sobre todo *El Juez y el Historiador*, así como también «El caso de Adriano Sofri», publicado en inglés en *London Review of Books*, abril de 1997, y en español por nuestros colegas de *Historias*, 39, México -octubre 1997/marzo 1998, pp. 3 a 26.

Como manifestaba párrafos más arriba, la discusión teórica y metodológica parece lejos de estar terminada: dicotomizadas sus vertientes entre cultural y social, relativista o fundamentalista, atrapada la reflexión sobre el vínculo entre niveles como una primacía de lo deductivo o lo inductivo, quizás esta gruesa y rica plataforma necesita de la realización de nuevos esfuerzos, teóricamente cada vez más conscientes de un contexto científico que se manifiesta dentro y -sobre todo- fuera de la disciplina. En cuanto a lo metodológico, el gesto superador puede quizás estar bien metaforizado en la abducción, ese extraño pero pertinente silogismo en que la premisa mayor es evidente y la menor probable, pero siempre más creíble que la conclusión...